

# Reflexiones acerca de la muerte

Por **ENRIQUE GUARNER**  
(Primera parte)

**E**N el momento de su muerte Hamlet exclama: «El resto es silencio». Las últimas palabras de Goethe fueron: «Luz, más luz». Por el contrario, un sibarita como Chejov decidió al término de su vida pedir una copa de champán. Oscar Wilde pensó que, una de dos: o el horroroso papel tapiz que había en la pared se iba o lo hacía él. El gran Voltaire tuvo una premonición de carácter mordaz al observar la lámpara sobre la mesa de noche y profirió: «¿Qué pasa? Las llamas del infierno llegaron tan pronto».

Todas estas frases dichas en el momento solemne, no son otra cosa que buscar que los testigos que presenciaron el fallecimiento las relaten a la posteridad. Cabe también la idea de que fue una manera de aventurar con lo más temido, o sea la propia muerte. Un tema debatido hasta la actualidad es el de si los animales se dan cuenta de la mortalidad, puesto que frecuentemente la consideran como un accidente de la naturaleza. Sin embargo, el *Homo sapiens* ganó temprano a través de la observación y la experiencia su conocimiento. Para el ser primitivo la muerte era el resultado de alguna enfermedad o acción violenta que por razones mágicas tenía lugar.

Los egipcios negaban la hora suprema, puesto que la consideraban como una etapa de tránsito y es por ello que momificaban sus cadáveres y los rodeaban de alimentos, bebida y vestuario porque suponían que los necesitarían durante el trance. Lo mismo sucedía con los pobladores de Mesoamérica, quienes no negaban la muerte, aunque desconocían su naturaleza.

Tal vez fueron los griegos los primeros en darse cuenta de la mortalidad y de que el más allá era utópico. Aquiles en *La Odisea* afirma: «Es mejor ser un esclavo en la tierra que un rey en el dominio de los fantasmas».

Epicuro, que vivió en el siglo IV antes J. C., pensaba que el hombre debía llegar a dominar su temor hacia la muerte. Para el filósofo existen dos miedos esenciales: el que se tiene hacia los dioses y el que se siente hacia la defunción. En el fondo, el cuerpo no sobrevive porque consiste en átomos que se dispersan en el espacio. Consecuentemente, el escritor de Samos, que consideraba morir como la pérdida de las sensaciones, concluye: «La muerte, que es lo más temido, no es nada mientras existamos, puesto cuando ella llega ya no estamos aquí».

En la *Apología* de Platón, Sócrates hace la famosa analogía entre el dormir y morir y señala: «La muerte es hacer conocido lo desconocido. Debemos esperar que la mortalidad sea buena, puesto que es un dormir sin sueños y la migración del alma de este mundo hacia otro igno-  
rado».

El filósofo romano Séneca recomendaba aquello con lo que iniciamos este artículo, o sea, tener decoro a la hora de fallecer, porque uno debe de tomar el sitio modesto que Dios nos asignó en el banquete que fue la vida y dejarla con dignidad y respeto.

En sus *Ensayos* publicados en 1560, Michel de Montaigne dice que al principio trató de seguir a Séneca en su estoicismo, pero llegó a la conclusión de que quienes le habían enseñado a morir eran los campesinos, quienes únicamente pensaban en la muerte cuando llegaba. El escritor francés agregaba: «Si esto es una estupidez, aprendamos lo que representa, porque solamente aquellos que no han sabido vivir temen a la muerte».

A partir de estas aportaciones el tema de la muerte fue tocado en forma circunstancial por diferentes filósofos y únicamente he encontrado ideas aisladas en los escritos de: Pascal, Spinoza, Leibnitz, Kant, Hegel y Nietzsche.

Una de las razones para rechazar la materia es que siempre da lugar a la especulación metafísica sin solución, que despierta opiniones contradictorias. Tal vez la búsqueda de que la filosofía se transforme en una ciencia con aplicaciones, ha dado lugar a que la cuestión final de la propia vida deje de discutirse. Sin embargo, un gran autor de este siglo si se ocupó del asunto y fundó el psicoanálisis.

## Freud y la muerte

El problema de la mortalidad aparece por primera vez en *La interpretación de los sueños* de 1900, donde Sigmund Freud describe los deseos hacia el fallecimiento de los seres amados y agrega: «La ausencia de la representación de la muerte en el inconsciente da lugar a que ella sea igualada con el abandono».

Posteriormente, el análisis de la agresión y la hostilidad hizo que Freud se fijara en el sadismo en *Tres ensayos sobre una teoría sexual* y *El chiste y su relación con el inconsciente*, ambos trabajos publicados en 1905.

En «Totem y Tabú», de 1913, surge el tema de la ambivalencia y los deseos de muerte contra el líder, que no es otra cosa que la figura del padre. Finalmente, en *Más allá del principio del placer*, de 1920, hace su aparición el instinto de muerte. Para Freud todos tenemos que aceptar que sin excepción lo viviente muere, al igual que lo animado es posterior a lo inanimado. Los instintos de conservación y de poder son parciales y están destinados a asegurar el camino hacia la mortalidad.

A continuación el psicoanalista se opone a la teoría del biólogo alemán August Weissman publicada en 1876, según la cual existiría una parte mortal del cuerpo a la que se llama *soma* y otra inmortal constituida por las células germinativas. Esto ocurre en los animales multicelulares que se extinguen; en tanto que los unicelulares, donde se unen las partes somáticas y procreativas, serían inmortales.

Freud refuta esta teoría demostrando que los protozoarios mueren si no se les modifica frecuentemente el medio en el que viven. Por lo tanto, el instinto de muerte sería universal y existiría sin excepción en los seres vivos. La reunión de numerosas células formando la multicelularidad ha devenido en una manera de prolongar la vida, ya que las germinativas tienden a fusionarse con otras preservando la especie.

A partir de aquí el descubridor del psicoanálisis coloca dos instintos contradictorios: el sexual, dirigido hacia los objetos externos, y el de muerte, que busca la desintegración. En el sadismo y el masoquismo se mezclan los ins-



tintos contra el yo.

El principio del placer es la tendencia a la excitación, pero siempre encontrará a su paso obstáculos que demandan la quietud. En el acto más placentero como es el sexual se alcanza la apoteosis, pero al extinguirse el organismo regresa a la inmovilidad. En otras palabras, la sexualidad va ligada con el retorno a lo inanimado.

Según Freud el comienzo de la vida extrauterina se relaciona con la búsqueda del placer y la maduración del ser humano asegura su vigencia, porque siempre interviene una fuerza contraria constituida por el instinto de muerte.

Cuando *Más allá del principio del placer* fue publicado se produjo un impacto en el mundo psicoanalítico. Algunos discípulos de Freud encontraron una explicación en la física valiéndose de la teoría de la entropía, según la cual toda la materia tiende a desintegrarse, lo cual resulta absurdo porque el proceso vital es temporal y biológico.

En realidad el tema a discutir es el de que la muerte no constituye una meta de la vida, sino su misma finalización y aunque exista una tendencia hacia la muerte ésta no es de origen instintivo.

Como el mismo Freud postuló en otros artículos, la muerte de uno mismo es siempre negada y por ello se han inventado la religión y la fe. El suicidio, que presentan algunos psicoanalistas como la demostración del impulso de muerte, se observa rara vez en el mundo animal y es una adquisición de la patología humana. Además, estadísticamente su cifra no es lo suficientemente alta para justificar un instinto que tendría que ser universal.

[Continuará]